



CENTRO COMERCIAL LA PAZ (MADRID)

EL TRABAJO DE ANTON

■ PETRA ANGULO ALVAREZ

Antonón tiene un puesto de carnes frescas: vacuno, ternera blanca de Castilla, cordero lechal; embutidos caseros, lomo embuchado y fresco, lo mismo que el chorizo en aceite o curado, morcillas segovianas -"la morcilla sabrosa picante y sosa"- . Tiene fama en todo el barrio de Salamanca su puesto en el Mercado de la Paz, de Madrid.

Mientras va subiendo el cierre metálico y colocando las piezas en el mostrador refrigerado, a primera hora de la mañana, cuando el mercado está aún casi vacío, antes de que empiece el multitudinario ir y venir de gente, va recordando su vida, desde su infancia, en el pueblo serrano donde nació.

Tenía seis o siete años cuando estalló la guerra civil. Eran cinco hermanos. Su padre era uno de los pocos que pertenecía a la "Casa del Pueblo" y hacía propaganda a voces, a la puerta de la carnicería de la que era socio con otro hermano, que no pensaba como él.

Realmente se le iba la fuerza por la boca, pero no se podía fanfarronear diciendo que se iba a "cargar" á este o al otro "señorito" del pueblo, o de los que en él veraneaban.

Llegaron unos "mala sangre", algunos de fuera, y le metieron en la cárcel.

Empezó la mala racha: su tío, quizá por miedo, se alzó con la carnicería. Para ellos comenzó una época de penuria; de hambre; su madre, trastornada por la situación que

vivían, se dedicó a pedir de puerta en puerta. Había gente que les quería y les ayudaba. Otros vivían más pendientes de ellos y se olvidaban del hambre de los demás. Entre estos se encontraba la familia de Mary Luz, una niña gorda, llena de lazos y de organdíes, con tirabuzones y pamelas. Cuando salía a la plaza a jugar con sus hermanos y acompañada de la "Tata" uniformada con falda y delantal de puntillas, él se acercaba tímidamente, por si podía jugar con ella a las canicas, juego del que era campeón, porque sabía hacer trampas sin que nadie se diera cuenta. Pero la Tata le decía que no molestase a los niños, que les dejase jugar decentemente.

A medida que iban pasando los años de la guerra, seguía el hambre y su pequeño amor por Mary Luz, que crecía tanto de alto como de ancho, mientras él seguía canijo y delgado, aunque había crecido mucho, y los pantalones y la chaqueta -llenas de remiendos- se le quedaban más canijos que él mismo. Sólo le abrigaba la bufanda y un capote viejo que le había dado un soldado, del que se hizo amigo.

También, lo recuerda perfectamente, le daba de cuando en cuando unos sorbos de coñac matarratas, en la taberna del Morón, para entrar en calor en las heladas del invierno, a lo que seguían después los cintazos que su madre le propinaba, cuando llegaba a su casa eufórico, por los vahos del alcohol. Su madre siempre le decía:

-Antón, pobres, pero decentes. No quiero borrachos en casa, y tu estás empezando muy pronto... ¡Si te viera tu padre!

La sombra del padre era lo que les mantenía un poco sujetos, aunque no bastaba para que todos los hermanos se dedicasen -según las estaciones del año- a entrar de hurtadillas en las fincas y coger guindas, ciruelas, manzanas, peras o nueces, e incluso, si se terciaba, un pollo... ¡cuando el hambre arrecia!

Unos meses antes de acabar la contienda llegó su padre a casa. Le habían sacado de la cárcel por buen comportamiento. Pero esos casi tres años de ausencia habían cambiado mucho a todos. Los hermanos y él, de niños, habían pasado a ser unos mozalbetes. Habían ido esporádicamente a la escuela -cuando sus correrías se lo permitían- y sabían leer y escribir discretamente.

El padre, como él le recordaba, un hombre alto, fuerte, con pelo y bigote negros, ahora era delgado, con los hombros cargados y el pelo gris. Pero seguía teniendo el empuje y la voluntad de siempre, unidos a una prudencia que antes desconocía.

Al ver el estado de miseria en que se hallaba su familia -aunque nunca habían nadado en la abundancia- se puso a trabajar con todas sus fuerzas, para rescatar lo que le pertenecía y para ponerlo en marcha de nuevo.

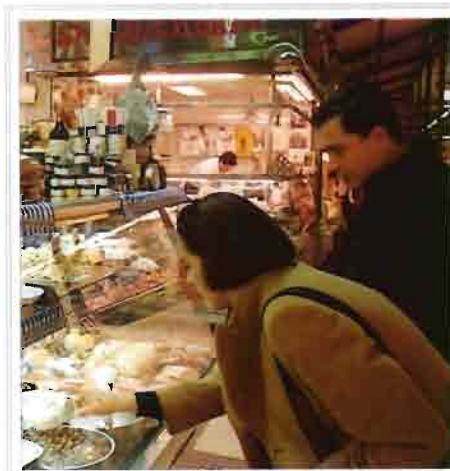
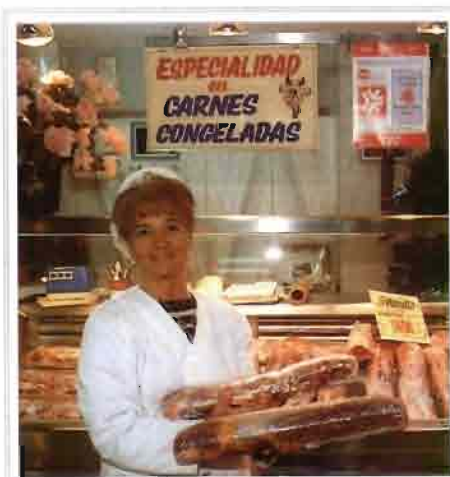
Antón recuerda aquella noche en que el padre reunió a los cinco hermanos alrededor de la lumbre baja de la cocina, mientras la madre, por toda cena hacía unas sopas de ajo, y les decía:

-¡Se acabó todo lo pasado! Ahora somos seis hombres en casa y tenemos que ponernos a trabajar hasta desriñonarnos, para que se acabe el hambre en esta casa. Vuestro tío me ha dado una cantidad de dinero por mi parte en la carnicería. No quiero saber más de ese negocio. Vamos a establecernos nosotros por nuestra cuenta.

En la cárcel, además de sufrir, había aprendido muchas cosas, entre ellas a leer y escribir, a hacer cuentas...

-Tú, Mariano -dijo- como eres el mayor, vas a ir por los pueblos de alrededor a comprar unos corderos y unos cabritos. Vosotros, y se

MERCADOS/LITERATURAS



MERCADOS/LITERATURAS

dirigió al Juan y al Zacarías, vaís a limpiar y encalar bien el portal. Yo, con unos tablones haré un mostrador. He comprado un peso viejo, por nada, donde el tío Juan, el panadero. Y vosotros –les dijo a los dos pequeños– vaís a ir ofreciendo la mercancía a las casas de los ricos.

Así empezó el negocio familiar, y así empezó la amistad de Antón con Mary Luz. Cuando iba llevando el pedido de la carne, Mary Luz

bajaba corriendo las escaleras o salía sofocada del jardín, para hablar con él. Su curiosidad era insaciable: le preguntaba cómo eran los corderos por dentro, por qué a las vacas les colgaban esas cosas entre las patas. Qué hacían en el matadero para matarlas y quitarles la piel; por qué su padre, con un mandilón a rallas verdes y negras, las llevaba partidas por la mitad hasta la carnicería.

El contestaba como mejor podía, temiendo herir sus sentimientos. Nunca le hablaba de cómo mataban a los corderos o terneros, porque sabía que a ella le gustaba verlos corretear por el campo.

Estas conversaciones las mantenían a escondidas de la Tata, cada día más vieja y

más avinagrada: y de la doncella, una cuarentona huesuda y de malas pulgas que cuando les veía hablar les decía:

–Tú, mocoso, a tu casa, y a la señorita trátala de usted.

Y a la “señorita” le decía que si seguía saliendo a hablar con ese don nadie se lo diría a sus padres. Y ponía en su entonación tal acento que los dos pensaban que sólo por hablar estaban haciendo algo grave.

Esto pasaba en los veranos, porque durante el invierno Mary Luz y su familia vivían en Madrid. Ella iba a un colegio de monjas, de las de lujo, según decían en el pueblo, y además aprendía idiomas: francés y alemán. Para eso pasaba temporadas en Suiza, en su internado. Además de los idiomas, montaba a caballo, esquiba, jugaba al tenis y hacía gimnasia rítmica. ¡Ah, y también ballet!

Antón no sabía lo que era eso, pero ella se lo contaba cuando llegaba el verano.

Al contarle lo que era el ballet, y que bailaba de puntillas con un tutú (tampoco sabía lo que era el tutú, llegó a creer que era un chico suizo), no pudo por menos de imaginarla sosteniéndose difícilmente en las puntas de los pies ¡porque con lo gorda que era...! El un día probó a hacerlo, cuando no le veía nadie, pero con las alpargatas de esparto y el hielo que había en la calle, ¡se pegó una culada!

A medida que pasaban los años estas conversaciones ya no eran tan frecuentes. Mary Luz sólo le decía:

–¡Hola Antón!, ¿qué tal el invierno? o algo parecido.



Luego, cuando ya tenía catorce o quince años, ella trataba de no verle y si se cruzaban por la calle o en los soportales, se hacía la distraída o volvía la cara disimuladamente.

Antón se dio cuenta de que no le gustaba que se acercase a ella. La veía salir y reírse con otros chicos, mayores que ella, que también iban al pueblo de veraneo.

Ya no repartían por las casas. El negocio iba viento en popa y cambiaban los tiempos difíciles. En la carnicería prestaba oídos cuando la cocinera iba a comprar. Hablaba con otras mujeres de lo “hermosa” que estaba Mary Luz. El también la veía hermosa, pero aún no había descubierto la belleza.

Ahora, cuando terminaba su trabajo en la carnicería, se dedicaba a fumar unos cigarrillos, con otros chicos, detrás del atrio de la iglesia, a cazar pájaros con “liga”; a tirar piedras a los perros o a los cántaros que las mujeres llevaban a la fuente, escondido detrás de un árbol o seto.

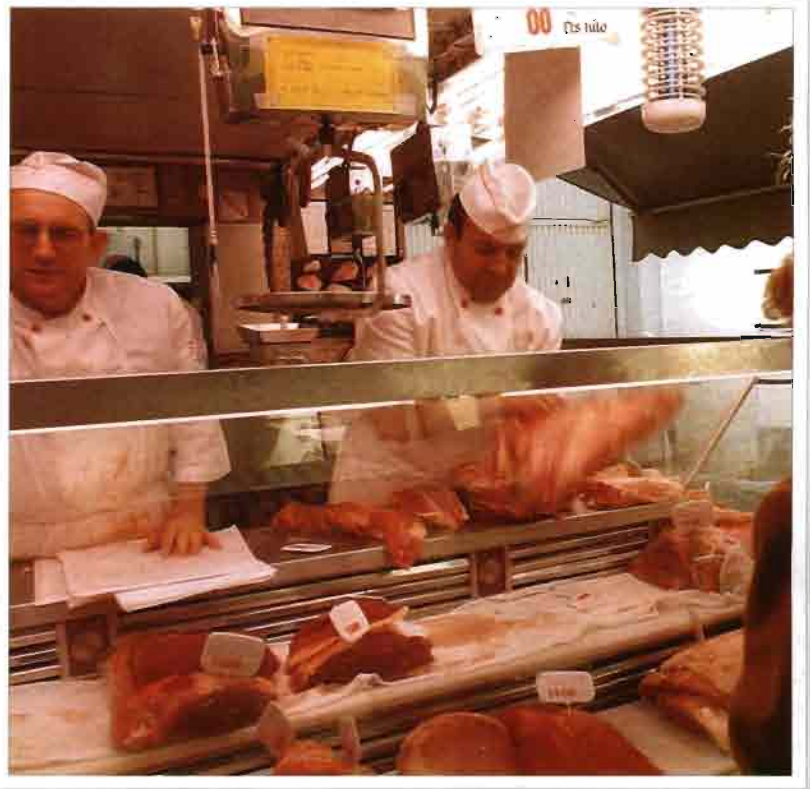
Pero, a pesar de tanta gamberrada, en su corazón estaba fija la imagen de Mary Luz; no se lo decía a nadie, para que no se rieran de él, pero así era.

Descubrió la “belleza” cuando descubrió a Lola. Ella tenía diecisiete años y él veinte. Era morena, con el pelo rizado, de ojos garzos y su cuerpo, como un mimbre, se balanceaba al andar. Empezó a sacarla a bailar los domingos, en la plaza, cuando tocaba la banda de música en el templete. La buscaba a la salida de la misa de once. Lola se hacía la tonta pero le miraba de manera especial y le sonreía. Por las tardes salía con sus amigas a pasear por la carretera; las seguían todos los mozos y ella se hacía la rezagada, para poder quedar para el baile. Cuando la sacaban a bailar otros hombres a él le entraban unos celos espantosos: esa era su chica, la que sería su mujer. Así se lo dijo un día mientras bailaban. Desde entonces, sólo bailaba con él.

En este transcurso del tiempo el negocio había prosperado muchísimo. Su padre, ya mayor, les reunió otra noche, como aquella memorable del final de la guerra. Había cambiado el entorno: vivían en la misma casa, pero totalmente remozada. Sus dos hermanos mayores se habían casado; los demás tenían novia más o menos formal. Alrededor de la mesa camilla, les volvió a hablar:

—He estado haciendo cuentas y proyectos con el Mariano y el Juan. Ya tienen una familia propia; vosotros pronto la tendréis. Hay que agrandar el negocio. He ido viendo mercados en Madrid y estos dos pueden poner un puesto en la Cava Baja, después ya veremos, pero tenéis que ir abriendo el campo del negocio. De todos modos, ahora el pueblo no es el de antes. Vienen muchos más veraneantes y en el invierno también viene mucha gente para





pasar el fin de semana. Se vende mucho más, pero para seis familias no es suficiente. Abrir los ojos y vaís buscando vosotros, también.

Mariano y Juan se fueron con sus mujeres a Madrid. Pronto, su carnicería cobró fama y reclamaron a Zacarías, que abrió otro puesto en Bravo Murillo.

Los últimos en establecerse fueron él, Antón, y el pequeño, Pedrito. Antón acababa de casarse con la Lola; de los mayores ya había nietos. El padre se quedó en el pueblo comprando las reses y preparándolas. Todos le echaban una mano, por semanas, y así el negocio creció hasta convertirse en una pequeña empresa.

El trabajo era duro, pero se ganaba dinero. Llegaban los hijos. Antón ya tenía tres, dos hombres y una niña igualita a su madre. Los suyos y los sobrinos podían ir a colegios “de pago”.

Se reunían todos los domingos en el pueblo; algunas veces había “piques” entre las cuñadas, pero ellos seguían unidos como una piña, sin hacer mucho caso a lo que llamaban “cosas de mujeres”. Es verdad que ellas aportaron su trabajo en el negocio: atendían los puestos como vendedoras, después como cajeras o preparando los embutidos. Todos colaboraban juntos.

Murieron los padres y hubo tensiones: pensaron separarse, pero se dieron cuenta que la unión es lo que les hacía fuertes en el negocio y en el cariño. A su modo, tosco, pero se querían a matar, y una separación hubiera hecho rupturas incurables.

Como ganaban dinero, fueron comprándose en el pueblo casas: alguno de ellos de los ricos de antes, que se habían ido y las ponían en venta. Empezaron a pasar allí el verano, las vacaciones, como todo el mundo. Ya no eran los proscritos de antes: ahora, cuando iban a los bares –había muchos más que antes, y “pubs” y “boites”– eran recibidos con abrazos y palmeteos en la espalda, como a grandes amigos... ¡Eran gente importante!

De la "señorita" Mary Luz, soltera y ajamonada, se había olvidado totalmente. Tenía el corazón lleno de su familia. Sin embargo, ella no se había casado -sus hermanos sí, y ya no iban de veraneo al pueblo- y vivían en la misma casona de antaño, queriendo aparentar una juventud que se había ido, dejándole sinsabores en el alma. Había tenido varios pretendientes. De algunos sospechó que sólo iban por su dinero; del que realmente se interesó y se entregó a él con una pasión desmesurada, la dejó plantada por una chica más joven y más guapa. Se encontró sola, deseosa de llenar su corazón y su cuerpo de las caricias y el amor de un hombre. Con un deseo que cada día se le volvía más insaciable.

Un domingo, durante el aperitivo en una terraza de un bar, vio a Antón. Y sintió la necesidad del hombre más que nunca.

Sabía que él estaba casado, que estaba enamorado de su mujer y "chocho" con sus hijos. Pero recordó aquel incipiente amor de niño, y se dijo que podría poseerle. Por mucho que le gustase su mujer, no era más que una palurda carnicera. Ella, culta, conocedora del mundo, viviendo en la alta sociedad, tenía miles de bazas más a su favor. Él era varonil, apuesto, musculoso... al día siguiente le llamó a su casa, con un pretexto fútil, de unas fincas que quería vender, por si le interesaban.

Cuando llegó, le abrió ella, solícita. Había hecho salir con diversos encargos a la servidumbre. No le recibió en el portalón, ni en el antiguo despacho de su padre. Con el fuerte calor como disculpa y el aire acondicionado instalado en sus habitaciones, le llevó a su dormitorio.

Antón se sentía confuso e incómodo. Nunca había subido las escaleras de aquella casa y al encontrarse solos se sentía turbado.

Continuando con el pretexto del calor, ella entreabrió su bata de seda natural. Él empezó a hablar de las fincas, diciéndole que no le



interesaban (antes de la encerrona pensó en comprarlas, siempre le habían gustado mucho) pero ella no le dio tiempo a terminar:

—¡Antón, siempre te he querido, nunca he podido olvidar nuestro “noviazgo” de niños que mis padres me hicieron romper... Ahora soy una mujer libre, tengo mucho dinero...! ¡Soy tuya, tómame!

Mientras decía esto, la bata se había deslizado al suelo. Ante él estaba una mujer madura, gorda, que se abrazaba a sus piernas, palpitante.

Hubo unos momentos de debilidad. Por la mente de Antón pasaron todos esos años de ilusionado enamoramiento infantil. Pensó que sus fuerzas flaqueaban. ¿Qué es lo que esperas? Las fincas serán tuyas sin que sueltes una peseta.

Sintió una sacudida que le devolvió a la realidad: Vio un montón de carne, cómo la que el trabajaba en el mercado. También vio unos ojos negros llenos de lágrimas y otros tres pares de ojos que le sonreían cuando volvía cansado del trabajo.

Se dirigió a ella como pudo:

—Muchas gracias, señorita Mary Luz. Las fincas no me interesan, y, además estoy enamorado de mi Lola...

Salió de la habitación tambaleándose, sudando, a pesar del aire acondicionado.

En el suelo, llorando de rabia y decepción, se quedaba una mujer, de cuya boca salían los improperios más soeces que nunca había oído en una prostituta.

Llegó a la calle como borracho. No fue a comer a su casa; no podía presentarse así delante de su mujer.

Siguió sintiéndose acosado durante bastante tiempo, ¡pero a él no se le compraba! Al no ceder, después del acoso vinieron las calumnias, invirtiendo la realidad. Como era lógico en el pueblo todos dieron crédito a la señorita Mary Luz. Tuvo que aguantar los disgustos en su casa, las críticas sin piedad de las mujeres; los comentarios obscenos de los hombres. Y, lo que más le dolió, los reproches de sus hermanos. Por una temporada dejaron de ir al pueblo.

La que no volvió al verano siguiente, ni al otro ni al otro, fue la señorita Mary Luz. Se comentaba que vivía en Suiza, con un extranjero veinte años más joven que ella.

Esta madrugada, al coger el coche para salir hacia el mercado, el repartidor de periódicos le ha dado el ejemplar al que está suscrito.

En la portada, a grandes titulares, viene una noticia: “Grave catástrofe aérea en los Alpes suizos. Un avión de pasajeros con doscientas sesenta personas a bordo se ha estrellado en los Alpes. Entre las víctimas hay algunos súbditos españoles, entre ellas la señora X, dueña de una de las fortunas más grandes de nuestro país”.



Ha mirado en las páginas gráficas: En una camilla, debajo de un plástico amarillo, estaba Mary Luz. A su lado, otra camilla con los restos de su compañero sentimental.

Le ha recorrido un escalofrío por la espalda. Sigue, en el mercado, rememorando todo, sin terminar de colocar el puesto. Le saca de su abstracción la voz de Iris, la filipina jovencita, que trabaja en el ochenta.

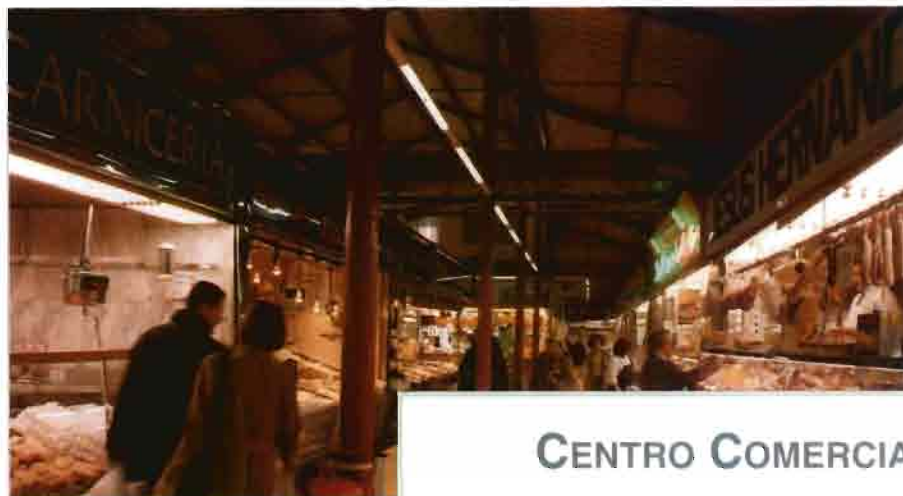
—Don Antón, hoy está muy serio, no me dice ningún piropo-. ¿Podría darme un kilo de chuletas de ternera que sean guay?. Hoy la señora tiene invitados.

—¡Claro, preciosa!—, reacciona. Y al cortar las chuletas le pasa algo que no le ha pasado en su vida: le da repulsión.

Piensa: Antón, ha llegado la hora de que hagas caso a la Lola y te retires. Los hijos son mayores, los nietos van creciendo. Aunque algunos van a la Universidad, otros siguen en el negocio, que es lo suyo, dicen con orgullo.

Cuando vuelva a casa se lo dirá a su mujer, seguro de darle una alegría. Y le propondrá hacer un viaje largo al extranjero, a ver mundo, para tomarse esas vacaciones tan bien ganadas a lo largo de su vida. Pero con una condición: ¡nunca irán a Suiza! □

PETRA ANGULO ALVAREZ
ESCRITORA



CENTRO COMERCIAL LA PAZ

El proyecto original para la construcción del Mercado de La Paz, uno de los más antiguos de Madrid, fue firmado por el arquitecto Antonio Ruiz en el año 1877 y su puesta en marcha formaba parte del Plan del Ensanche del famoso barrio de Salamanca, en cuyo corazón se encuentra el Mercado, entre las calles Ayala, Lagasca, Claudio Coello y Hermosilla.

La explotación del mercado corresponde al Ayuntamiento de Madrid, que en 1978 efectuó una concesión a la Asociación de Comerciantes. Hace diez años, en 1986, se remodelaron las instalaciones, tanto en el espacio interior como exterior, y el Mercado pasó a denominarse formalmente "Centro Comercial La Paz".

Desde ese momento, el antiguo mercado viene operando como un espacio comercial no dedicado exclusivamente a productos de alimentación, sino que también incluye otro tipo de comercios, como reparación de calzado, lencería y cerámica. En la actualidad cuenta con 129 puestos.